

## CAPÍTULO XVII.

Como se ve, todo secundaba la marcha próspera de la familia real hácia el poder absoluto, blanco constante de todos los deseos de su gefe, y es menester decirlo, como rey, era poderosamente secundado por la proteccion providencial.

Como padre era muy bendecido por la bondad divina.

Como rey la invulnerabilidad mas completa, habia escapado de la pistola, anónimo que, la primera habia sido disparada contra él, de la máquina infernal de Fieschi y del fusil de Alibaud.

Como rey, habia visto caer sucesivamente á sus amigos y á sus mas temibles enemigos. La Fayette y Casimiro Périer, Carrel y Carlos X.

Como rey habia, si no aniquilado, al menos dispersado el partido republicano, y se habia casi reconciliado con la Europa continental sin desavenirse con la Inglaterra.

Como rey, en fin, habia llegado á ser el gefe, el tipo, el emblema, el héroe, la fetiche de aquel vecindario ambicioso que, despues de haber destronado á la aristocracia, pensaba sobre el pueblo que aspiraba sustituir la nobleza mo-

netaria, á la nobleza militar de Napoleon, la nobleza cortesana de Luis XV, á la nobleza feudal de Luis XIII y Enrique IV.

Como padre, ¡qué estension tan maravillosa de una noble familia! Cinco príncipes hermosísimos, muy valientes, llevando los mas ilustres y mas antiguos nombres de la cristiandad; haz riquísimo, dominado por un hermano primogénito, y á quien sus mas implacables enemigos no sabian que echarle en cara, sino su hermosura casi femenil, sus amigos y su valor casi insensato.

Tres princesas, en las cuales la hermosura, esa corona de las mujeres, no era sino una cualidad secundaria; tres princesas, de las cuales la mayor, la princesa Luisa, era citada por su religiosa bondad; la segunda, la princesa María, ilustre entre las artistas; la tercera, la princesa Clementina, casi célebre por sus talentos.

¡Qué mas hubiera podido desear del cielo el padre y el rey, el padre con este hermoso grupo de risueñas cabezas, y el rey con este trono, el mas hermoso trono del mundo, con una colosal fortuna personal; doce millones de lista civil, los mas hermosos castillos de la Francia, las Tullerías, Versalles, Saint-Cloud, Fontainebleau, Compiègne y Rambouillet?

Lo único que se atrevió á pedir fué dinero; dinero aun, y siempre dinero.

De cuando en cuando pedia tambien un poco de mas despotismo.

Pero el despotismo nada costaba á aquel pobre vecindario que no se disgustaba al ver á su representante, descargase contra el pueblo que ella sentia rebullir bajo sus piés, y contra la inteligencia que sentia bramar sobre su cabeza.

Nos hemos olvidado de consignar en el año de 1836 que Luis Felipe habia escapado de otro nuevo asesinato. Un miserable, llamado Meunier, habia disparádole: mas como

era un asesino vulgar, como lloró y como imploró gracia, esta le fué concedida.

El pueblo aplaudió la gracia hecha á Meunier, como habia aplaudido el suplicio de Alibaud.

Hasta entonces, su rey habia recibido del cielo el don de la infalibilidad.

Habia mas aun: las noticias eran buenas. La hija mayor de Luis Felipe, se casaba con el rey de los belgas. Es cierto que era un rey de una creacion mas reciente aunque Luis Felipe, como tambien que reinaba en un mezquino reino; pero al fin era un rey.

El duque de Orleans, por su lado, se casaba con la princesa Elena de Mecklembourg-Schwerin.

Es cierto que se casaba con esta princesa á pesar de su hermano que no encontraba un Borbon, un de Orleans, un descendiente de San Luis de bastante buena casa para él, y que le habia faltado la influencia de la Prusia para contrabalancear, en el negocio, la influencia de la Rusia.

La poblacion se aliaba, pues, en la persona de sus príncipes, á los Cobourg y á los Schwerin, lo cual le era muy honroso.

Esta pobre poblacion se creyó ennoblecida de repente.

Pero ella no habia pensado en una cosa y esta era lo caro que cuesta el poder casarse.

El rey volvió á pedir dinero.

Pidió un millon de dote, dado una sola vez, para su hija mayor, la princesa Luisa, que acababa de casarse.

Pidió ademas, un millon de dotacion anual, para su primogénito que iba á casarse.

En fin, pidió, á título de infantazgo anual, quinientos mil francos para el duque de Nemours que podia casarse.

Ah! ya entonces la poblacion comenzó á inquietarse.

Mientras no se habia tocado mas que á su honor, es decir, al de la Francia, no habia chistado; pero se llegaba ya á su peculio, y entonces sí ya murmuraba.

¿Y en qué época es en la que se pide este aumento de dotes, dotaciones é infantazgos? ¡cuando un triste quejido y prolongados lamentos se levantan de todos los puntos de la Francia!

Oid las ciudades, los departamentos, las provincias, por todas partes no se escucha mas que el grito de la miseria, de la angustia del hambre.

Rouen fué quien dió principio á esta serie de dolores.

En Rouen los hilados van en decadencia, y los tintoreros ya no tienen trabajo: se disminuye hasta tal punto el salario á los tejedores, que ya no pueden vivir de él; unos presentan sus libretas al maire; estos recurren á la caridad pública; y aquellos, en fin, se meten á barrenderos y ganan doce sueldos al dia.

En el departamento de l'Aude, hay ya carestía, el pan comienza á faltar.

En l'Arriége los pobres viajan en bandadas, como los zagales de la edad media: la alforja al hombro y la mano tendida.

En los alrededores de Limoux, los habitantes de los dos cantones han emigrado, y pidiendo la limosna, y amenazando con tomarlo por fuerza si no se les da, se han esparcido por el Bas-Languedoc y el Roussillon.

En Normandía, el viento Nordeste se obstina en llevar la mar mas allá de sus límites. Estas aguas son de la Vire, crecidas por la fusion de la nieve, y por las incesantes lluvias, las que inundan los potreros, y hacen ahogar á las bestias.

Lyon, en fin, la segunda capital del reino, despedazada por dos motines, que se queja de no poder morir de hambre tan pronto como se muere de un cañonazo, de un fusilazo ó de un bayonetazo, Lyon que acaba de asistir al espectáculo terrible de una madre que, durante seis dias larguísimos ha mantenido á su pequeño hijo sin comer ella nada, y que, al séptimo, sintiendo acercársele la muerte y acabársele la le-

che, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se ha ido á tirar á la plaza Bellecourt, y al fin ha muerto allí, ¡muerto de hambre! encargando su hijo á la piedad de los transeuntes.

¡Y así se nos acusaba de exageracion, cuando dejábamos morir de hambre al padre de Dantes, en su quinto piso de la casa de las avenidas de Meillan!

Es cierto que se nos acusaba de exajeracion tambien, cuando conduciamos al conde de Morcerf ante la cámara de los pares, y cuando salvábamos por medio de un veneno á madama de Bellefort, del cadalso.

Es cierto tambien que un año despues el proceso Teste y el envenenamiento Praslin trasformaban al poeta en divino, y daban á conocer que la realidad dista mucho de la imaginacion.

Y en estos momentos, como hemos dicho, es cuando se pide una dote dada de una vez para la reina de los belgas un aumento de gastos, de un millon para el príncipe real, y un infantazgo anual, en fin, de quinientos mil francos para el duque de Nemours.

Todo el mundo se reunió al derredor de M. Cormenin Timon cuando hizo aparecer su nuevo folleto sobre el infantazgo del duque de Nemours.

El folleto fué reimpresso veinte veces, dos de mas de las que habia tenido, cuando la restauracion, la Viellelicede de MM. Barthelemy y Mery.

El folleto era en forma de carta! Ay! casi siempre es así como se reproducen los folletos. Ved á Paul-Louis Courier demoliendo el trono de 1815, como M. Cormenin demolió el trono de 1830; cartas, siempre cartas.

Pobre jóven príncipe! lleno de honor, de delicadeza y de desinterés, que se habia opuesto con todo su poder á que se hiciese este pedimento en su nombre, y en cuya persona se ultrajaba á su padre!

Confesad, monseñor, que es una nacion generosísima la

nacion francesa, y que vuestra familia le debe un reconocimiento sin límites, por las comodidades, provechos y grandes bienes de que ha estado en todo tiempo, llena y mas llena, colmada y recollmada, cargada y recargada. Inmediatamente, monseñor, los edictos de 1661, 1672 y 1692 tuvieron aceptacion en el Estado y dieron á vuestro abuelo un infantazgo compuesto de tantos fondos, tierras, cásaes, ciudades, palacios, castillos, granjas, guvernaturas, principados, ducados, marquesados, condados, baronías, alodios, mieses, censos, prados, canales y bosques, que no alcanzarian cien páginas por enumerároslos. Vuestra casa, monseñor, pasaba en 1789, por la casa primiciera no reinante, la mas rica de la Europa, pues que se avaluaba su capital en ciento doce millones, suma enorme que equivale á doscientos millones de nuestros dias, suma de todas maneras muy grande colocada entre las manos y á disposicion de un solo hombre, aunque príncipe, y segun el tiempo, amenazando, ya la libertad ó ya al mismo poder: porque la historia no será mas que justa, monseñor, cuando diga que el empleo revolucionario que vuestro abuelo dió á su prodigiosa fortuna, contribuyó, mas que ninguna otra cosa á la caida del trono de Luis XVI, su padre y su señor. Esa fatalidad de bienestar pecuniario que se adhiere obstinadamente á todos sus pasos, fué la que persiguió á vuestra familia hasta en el destierro, porque mientras los otros emigrados morian de hambre en el extranjero, la duquesa de Orleans, vuestra abuela, recibia una pingüe pension de la república francesa, y hácia el mismo tiempo, el tesoro pagaba en descargo de vuestro padre, emigrado, mas de cuarenta millones de dietas. ¡Cuarenta millones! Que brillante anticipacion de lista civil.

No es esto todo.

Apenas desembarcó Luis XVIII de Inglaterra, cuando os remitió, á vuestras repetidas súplicas, por medio de una órden, lo que quedaba en manos de la nacion, de los bienes

no vendidos en infantazgo al duque de Orleans, infantazgo irrevocablemente abolido, no por la ley de 1793 sobre la emigracion, sino por el art. 2 de la ley de 21 de Diciembre de 1790 sobre infantazgos. Para escusar esta indigna violacion de las leyes, se ha querido decir que Luis XVIII era entonces omnipotente; pero con este bello modo de razonar, se hubiera podido despojar para enriqueceros, al primer ciudadano que se presentase, como se despojaba al Estado. La ley sobre indemnizacion de emigrados que, parece haber sido hecha para vuestra dichosa familia, vino á aumentar aun sus comodidades, provechos y goces, y, dándoles ocasion para que repudiasen la sucesion paterna que estaba cargada de dietas, para aceptar la sucesion mateana radiante de oro y plata: lo que le valió en medio de esta ingeniosa division de matrimonios, sutilmente admitida por consejeros amovibles del Estado, una bonificacion de doce millones de escudos bien pesados, bien contados y entalegados. En fin, independientemente de la pedrería de la corona, la mas hermosa del universo, las cámaras, queriendo llenar de oro á vuestra familia, como la llenaron de poder, añadieron á las inmensas riquezas de vuestro padre los muebles é inmuebles de la dotacion real de Carlos X. Muchas veces he hecho yo vuestra cuenta, monseñor, para que tenga aquí aun de recordaros, que vos y los vuestros disfrutais del Louvre, de las Tullerías y de el Eliseo-Borbon y sus dependencias: de los castillos de Marly, Saint-Cloud, Meudon, Saint-Germain, Compiègne, Fontainebleau y Peau, como tambien de las casas, edificios, fábricas, tierras, prados, granjas y bosques que los componen; de los bosques de Boulogne y de Vincens, y de la selva de Sénart; de los diamantes, perlas, pedrerías, estatuas, cuadros, piedras talladas, museos, bibliotecas y otros monumentos de las antiguas artes; de los muebles contenidos en el Hôtel du Garde-Meuble, y de los diversos palacios y establecimientos reales.

Ahora, pues, como estos quinientos mil francos de infantazgo pedidos para M. de Nemours estaban representados por el dominio de Rambouillet, bosques de Senonches, Chateau Neuf y Montereau, M. de Cormenin se entregaba á unos cálculos terribles, en cuanto á que demostraban que las estimaciones hechas eran falsas, y que el solo dominio de Rambouillet, valia cuarenta millones.

Con estos cuarenta millones de Rambouillet, habia establecido con anticipacion todo el bien que el duque de Nemours podia hacer.

Con los cuarenta millones de Rambouillet podia dar á las treinta y ocho mil municipalidades de Francia, bibliotecas públicas.

Podia instituir doce mil escuelas de costura para las mujeres pobres del campo.

Podia hacer los gastos para el establecimiento de diez mil salas para niños.

Podia abrir en trescientas cincuenta ciudades casas de asilo para los ancianos de ambos sexos.

Podia impedir que muriesen de hambre durante dos meses en la estacion de invierno, treinta mil obreros sin trabajo.

Podia dar durante cinco años, una pension de cien mil francos, á cinco mil soldados heridos, estropeados ó enfermos.

Ataques eran estos terribles, cuando la plaza del Châtelet se veia todos los dias cubierta de muebles que se vendian por autoridad de justicia.

Cuando la plaza del Hotel-de-Ville se veia constantemente llena de obreros sin trabajo.

Cuando la caja de ahorros, reembolsaba en una sola semana, la primera de Abril, la suma de un millon setecientos sesenta y seis mil francos.

De esta manera, en la clase baja de la sociedad se veia todo un pueblo, lamentando el hambre y pidiendo pan.

En la alta sociedad, un rey rebosando en riquezas y pidiendo oro, y entre el pueblo y el trono, inclinado sobre ese abismo de miseria en el que el rico no piensa sino cuando ya está á punto de tragarse á la sociedad, M. de Cormenin, este demócrata sombrío, rie de todo, con un reír amargo y de lágrimas.

Esta vez la cámara temió: ella rehusó.

El ministerio herido ya por el rechazo de la ley de disyunción, fué herido de muerte por la inadmisión del infantazgo.

Una mañana los ministros fueron forzados á mandar su dimisión, y el rey comisionó á M. Guizot para que formase un gabinete.

¡M. Guizot! ¡este hombre á quien se creía capaz hasta el día en que la monarquía se hundió con él en el abismo que él mismo había cavado; este hombre que llegó á hacer creer durante diez y ocho años que el orgullo era su genio; este hombre, en fin, que ha presentado la extensión de su capacidad en el libro increíble titulado *De la democracia en Francia*, libro que parece hecho á la vez por un ciego y un sordo!....

M. Guizot se encontró embarazado de tal manera con la dicha misión, que fué á ver á M. Thiers para invitarlo á que le ayudase en la tarea que acababa de encomendarle el rey.

¡M. Thiers! ¡á la cabeza de un partido que acababa de mal combinar, compuesto de todos los descontentos, de las ambiciones burladas y los rencores que deseaban romper sus diques, y á quien llamaban centro izquierdo! M. Thiers rehusó.

M. Guizot se vió obligado á entrar en concurso con M. Molé, no pudiendo entrar en compañía con M. Thiers.

Envió su lista al rey, y M. Molé por su parte envió también la suya.

La lista de M. Guizot se componía de:

M. Guizot.  
M. de Montebello.  
M. de Rémusat.  
M. Dumont.

La lista de M. Molé se componía de:

M. Molé, negocios extranjeros y presidencia.  
M. Barthe, justicia y cultos.  
M. de Montalivet, del interior.  
M. de Salvandy, de instrucción pública.  
M. Lacave-Laplayne, de hacienda.

En uno ú otro caso M. Martin quedaba de trabajos públicos.

Y M. Rosamel de marina.

El rey optó por la lista de M. Molé, y he aquí un ministerio de enmendatura.

Este ministerio fué el que tuvo los honores del casamiento del duque de Orleans con la princesa Elena.

¡Ay! ¡pobre mujer! ¡quién le hubiera dicho cuando á cada posta, después que hubo pasado la frontera, encontraba flores en abundancia y canastillos llenos de frutas, quien le hubiera dicho que marchaba á una pronta viudez y á un larguísimo luto!